

espejos alucinados de Friedrich Nietzsche

“A Turin, au début de sa crise, Nietzsche se précipitait sans cesse vers son miroir, s’y regardait, s’en détournait, s’y regardait de nouveau. Dans le train qui le conduisait à Bâle, la seule chose qu’il réclamait avec insistance était un miroir encore. Il ne savait plus qui il était, il se cherchait, et lui, si attaché à sauvegarder **son identité**, si **avide de soi**, n’avait plus, pour se retrouver, que le plus grossier, le plus lamentable des recours.”¹

en los primeros capítulos de la novela de su demencia Nietzsche se buscaba en todos los espejos,

en espejos sin cuerpo,

en espejos *retro*,

en un espejo brujo de cuento,

en los espejos cóncavos de la calle del Gato,

en la bola de espejos de la discoteca *2001 Odisea* de Brooklyn,

en los laberintos de espejos de las ferias,

y veía a Blancanieves,

y veía las barbas y los anteojos de don Ramón,

y veía a Tony Manero,

y veía al Anticristo,

y veía a Dioniso,

y veía al Crucificado,

y veía al Crucificado,

y veía al Crucificado,

y veía a “cierto divinal payaso”²,

y vio,

la última vez que miró,

a uno que decía que se llamaba Nietzsche,

y no podía ser, ése

no podía ser

Manuel Palazón Blasco. Creative Commons Atribución/Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Licencia Pública Internacional – CC BY-SA 4.0

¹ Émile Cioran, *De l'inconvénient d'être né*.

² Friedrich Nietzsche. Carta a Cosima Wagner del 3 de enero de 1889.